

## FACTORES DE LA REALIDAD ESPAÑOLA VISTOS POR NORTEAMERICANOS DE HACE UN SIGLO

Viajeros ingleses y norteamericanos por España durante el siglo XIX contribuyeron a la captación de la compleja realidad española. La rica historia peninsular impulsó, en cierto modo, a los viajeros cultos a poner en tela de juicio lo leído en libros, y una vez en la Península se apresuraron a corregir afirmaciones hechas a la ligera. Más aún; como les molestaba no conocer lo que se les ofrecía a los ojos, decidieron descubrirlo y reflexionar luego sobre las realidades que encontraban ocultas bajo las sucesivas superestructuras que gobernaban a España. ¡Realidades interesantísimas! Según la situación geográfica de la aldea o la ciudad, la vida española era tan apacible o tan dinámica, que su interpretación obligaba a una intensa averiguación lo bastante para despertar la curiosidad, sino el deseo de alcanzar la Verdad, con letra mayúscula. Por otra parte, el viajero inglés o norteamericano, no erudito, topaban con absurdos que no encajaban en su preconcebida noción de España.

Debemos ahora concentrar la atención sobre juicios tan heterodoxos como el de que España carece de unidad económica, social o política, incluso que las peculiaridades y orgullo de los reinos medievales han sobrevivido. Nos enteramos de que las agrupaciones españolas tienen raras afinidades, debido a los obstáculos que presentan las cordilleras interiores; las costas frecuentemente inabordables; los ríos, de escaso caudal, y a menudo secos, que no favorecen las comunicaciones; las superestructuras, que casi siempre confunden patriotismo y religión, y las cuatro distintas lenguas habladas en la Península, de las cuales dos —el gallego y el catalán— tenían manifestaciones literarias anteriores a las del castellano. Leemos que una nación es la manifestación de un pensamiento, no el resultado de la presión ambiental, y que un pueblo constituye nación cuando piensa que lo es, cuando afirma su pertenencia a la misma tradición. Ramón Menéndez Pidal acuñó tiempo atrás la expresión «Dos Españas». Los viajeros anglosajones del pasado siglo encontraron docenas de Españas. Sus experiencias personales les enseñaron que el pueblo español no goza de una cultura homogénea ni participa de un mismo pensamiento. Se convencieron de que los españoles vivían, efectivamente, juntos,

pero no creían en un destino común, sino en existencias distintas y separadas; las de los gallegos, los vascos, los catalanes, los castellanos... Descubrieron que la conformidad y la exclusividad del pueblo español, su lealtad hacia la entidad de grupo, el orgullo por sus hazañas, la creencia en su excelencia y la conciencia de su superioridad variaba según la región a la que pertenecían los ciudadanos. A continuación me complazco en recoger algunas observaciones con referencia a estos puntos.

Carl Schurz, embajador norteamericano en Madrid, declara en una de sus cartas: «¡Se ha dicho, escrito y cantado tantísimo sobre la "hermosa España"! Es pura fábula, a menos que toda la belleza se concentre en la parte meridional del país» (1). Preferimos, sin embargo, la compañía de Gustavus Koerner, embajador norteamericano también, juntándonos con él en Santa Cruz de Mudela, al término del ferrocarril en dirección a Córdoba. Eludiendo la capital del antiguo califato, le encontramos a él y a su familia trasladados a la estación de Postas Granadinas, lugar que le induce a escribir sobre las diligencias y sus mayores, zagales, delanteros, mulas y caballos, cintas, borlas y campanillas. Despachado el refrigerio de chocolate y bizcochos, los viajeros se acomodaban en la incómoda diligencia y, a vivo galope, tragaban leguas. Leemos aquí uno de los raros elogios a los «camino reales» de España. En opinión de Mr. Koerner, los caminos eran espléndidos, anchos y bien cuidados, «y los arroyos y ríos se salvan sobre sólidos y magníficos puentes». Y añadía: «De no ser así, la rapidez de estos coches, en sus cuestas y pendientes, sería imposible» (2). No le seguiremos en la descripción de las ciudades y campiña, con el esplendor de arte y frutos que cabe localizar entre Bailén y Granada, ni a evocar el encanto de la tierra salvaje y romántica cubierta de pinares, olivos y encinares. La seguridad con que viaja arranca del enviado norteamericano alabanzas de la Guardia Civil, en aquellos tiempos en que la Benemérita se dedicaba exclusivamente a perseguir a los bandidos (3). Llegados a la rica vega de Granada, los viajeros se sintieron «frescos y animados a pesar del largo, aburrido y cansado trayecto de casi treinta y seis horas» (4). Y entraron en Granada.

Mr. Koerner y familia, esposa e hijos, se hospedaron en la Fonda de los

(1) *Intimate letters of C. S., 1841-1869. Translated and edited by Joseph Schäfer, Superintendent of the State Historical Society of Wisconsin, Madison, 1928, pág. 261.*

(2) *Memoirs of G. K. 1809-1896. Life Sketches written at the suggestions of his children. Edited by Thomas J. McCormack, Cedar Rapids, Iowa, 1909, I, págs. 314-15.*

(3) Hacia 1870 el general Sickles informaba al secretario de Estado, Hamilton Fish, sobre la inseguridad de las carreteras españolas. Una pandilla de bandidos llegó casi a hacerle prisionero para cobrar un rescate. (V. Archives United States of America, Dept. St., Sp. vol. 54; San Ildefonso, set. 25, 1870.)

(4) *Memoirs, 2, págs. 316-17.*

Siete Sueños, tras las murallas de la Alhambra, junto a una altísima torre. El plenipotenciario escribe:

«En medio de un tumulto de gritos y charla en el que intervenían por igual el posadero y la posadera, el mozo, la camarera y nuestro propio mozo, amén de los ladridos de media docena de perros, finalmente nos alojamos bien, de acuerdo con las ideas españolas acerca de lo que debía aceptarse por posada: muebles antiguos y decrepitos, habitaciones altas y estrechas, pisos de piedra, pero camas (con armadura de hierro o acero) y sábanas, como por toda España, frescas y limpias» (5).

Y en este tono, con más alabanzas que reproches, Mr. Koerner ensalza las bellezas de la Alhambra —«¡Oh el Generalife! ¡Nada en el mundo se le puede comparar!»—, los ingenuos modales del posadero y de su joven esposa, así como la radiante cara del camarero mayor, el cual, al entrar en el comedor con el desayuno dispuesto en una gran bandeja, y levantada ésta por encima de su cabeza, exclamaba en un grito de entusiasmo: «¡Caballeros, aquí un *bifstec* magnífico!». Mr. Koerner se complacía en observar los grupos de ociosos paseantes, de labradores y jinetes, que en su atuendo andaluz proporcionaban un espectáculo inolvidable. La abigarrada multitud seducía de continuo.

«Las gitanillas cantaban delante de nuestros balcones y vendían rosas. Mendigos exquisitos, viejos y jóvenes, animaban el paisaje. De cuando en cuando, subían de la ciudad pequeños grupos, integrados de señoras y caballeros de la mejor sociedad, y se reunían en los pabellones del pequeño jardín de la fonda, rodeados de rosales, geranios, granados, melocotoneros, higueras y naranjos. Cantaban al son de la guitarra y comían fresas con leche y bebían limonada, abandonando poco después los pabellones a los grupos de jovencitos, "pollos", que se divertían a su manera. Era una vida campesina, libre y despreocupada, que difícilmente se encuentra hoy en los bellos lugares frecuentados por viajeros» (6).

Durante su recorrido por Andalucía (7), Mr. Koerner dirigióse luego a

(5) *Ibidem*, 2, pág. 318.

(6) *Ibidem*, 2, págs. 319-21.

(7) No fué sólo un viaje de placer. Reunióse con los cónsules de Norteamérica en Valencia (a quien vió en Granada), Málaga, Cádiz y Sevilla. La información recogida le dió a conocer que el comercio de los Estados Unidos en España no era tan

Málaga, deteniéndose antes en Loja, donde el general Narváez (que allí tenía su residencia de verano) tuvo la gentileza de hacerle llegar las más finas y hermosas granadas y naranjas que nunca viera. De nuevo, el paisaje captó el alma de los viajeros por su variedad —cortijos magníficamente labrados, bosques y valles esplendorosos—, hasta que Málaga les embargó con sus contrastes: barrios residenciales, calles laberínticas y el fascinante encanto de sus muelles. En Málaga se embarcaron para Cádiz, y la visión del puerto, tres veces milenario, inspira a Mr. Koerner las líneas que transcribo: «No habiendo visto Nápoles ni Río de Janeiro ni Constantinopla, debo decir que la bahía de Cádiz es la más bella que yo conozco. Y no hago excepción del puerto de Nueva York» (8). La visión le recuerda los versos de Byron:

*Know ye the land of cedar and vine  
Where the flowers ever blossom, the beams ever shine...*

Los viajeros pasan a Jerez, ciudad y tierra famosa por su vino exportado a Inglaterra y a los Estados Unidos, después de haber sido fortalecido con alcoholes y endulzado artificialmente. Mr. Koerner observa:

«El auténtico Jerez tiene siempre un ligero gusto amargo, que los nativos, como los *connoisseurs* de otros países, prefieren al que se exporta. El Jerez llamado Manzanilla, muy bebido en España, deriva su nombre de lo amargo de la manzanilla, llamada también camomila. Por propia experiencia puedo hablar de lo saludable y excelente que es este vino, ya que corrientemente lo bebíamos con el desayuno, lo mismo en nuestro hogar que en los hoteles» (9).

En Sevilla se dedicó a recorrer la ciudad de arriba abajo, para captar la intimidad de la antigua y graciosa capital moruna. Pero la realidad que le ofrecían sus ojos le desilusionó. Pese a la universal admiración por esta ciu-

---

florecente como debía serlo. Francia, Alemania y Bélgica habían logrado tratos de favor, mientras que el comercio estadounidense, por las preocupaciones de la guerra civil y por una tarifa de aduanas excesiva, no podía competir con aquellas naciones. (Véase A. U. S. A., Dept. St., Sp. vol. 45; Madrid, 18 mayo 1863. Koerner a Seward.) Una narración detallada y lozana de este viaje por Andalucía la publicó el propio Koerner en alemán con el título *Aus Spanien von G. K., Gesandter der Vereinigten Staaten zu Madrid in den Jahren 1862, 1863 und 1864*, Frankfurt, a. M., 1867.

(8) *Memoirs*, 2, págs. 322-25.

(9) *Ibidem*, págs. 326-27.

dad, ni la pobreza de sus edificios ni las tierras áridas de su distrito fueron del agrado de Mr. Koerner. Con sus propias palabras:

«A creer las tradicionales descripciones de los infinitos viajeros que por aquí pasaron, Sevilla es la más pintoresca y romántica ciudad entre las ciudades románticas que haya en el mundo. La hemos visitado en la estación más favorable, en mayo, bajo un cielo brillante y sin nubes, y nos sentimos desilusionados. Sobre esta Reina de Andalucía se ha escrito y cantado mucho, con entusiasmo artificioso, por no decir muchas tonterías. En primer lugar, habrá que reconocer la esterilidad y aplanamiento de sus alrededores. Ni una colina, ni una montaña. El Guadalquivir, si bien ancho y profundo, es un río fangoso y amarillo. Y el Paseo, la Alameda, no tiene punto de comparación con los de Madrid, Barcelona, Granada, Cádiz y Málaga» (10).

Las alabanzas, nunca desmentidas, de las mujeres del sur de España, provocaban en Mr. Koerner hormigueante y molesta sensación. No estaba de acuerdo con ellas, por lo que, con sinceridad, escribe lo que sigue:

«Tal vez tendría que decir algo sobre las exageraciones que la gente ha ido repitiendo a propósito de la belleza de las andaluzas, y particularmente de las sevillanas. Como la mayoría de las españolas, tienen la ventaja de pertenecer a una raza homogénea; yo diría que presentan un tipo característico, común y sobresaliente. He estado en los teatros, en la Alameda, en la fábrica de tabacos, en el mercado... Es verdad que las mujeres tienen el pelo negro, los ojos brillantes, pies y manos delicadamente formados, y un paso elástico. Pero, en general, tienen la nariz demasiado aguileña, y los labios, aunque rojos y "por mitad reveladores y encubridores", de blancos y dispuestos dientes, son gruesos. En proporción, ya que las mujeres suelen ser de baja estatura, tienen los senos demasiado abultados y las extremidades inferiores demasiado cortas. Al igual que otras muchas españolas, muestran vivacidad en la charla y en la acción, amable naturaleza y buen corazón» (11).

Mr. Koerner aprecia las bellezas de la catedral, del palacio de San Telmo, y las colecciones, privadas y oficiales, de pinturas; pero no comparte la opinión generalizada sobre la belleza española. «Ante todo —añade—, y por

(10) *Ibidem*, pág. 328.

(11) *Ibidem*.

término medio, los hombres son mucho más guapos que las mujeres. Diré, sin embargo, que los niños de uno y otro sexo sobrepasan a los demás niños en belleza y gracia. Desgraciadamente no satisfacen la promesa de su edad juvenil» (12). Como estación última del recorrido andaluz —en las tierras que caracteriza como «la más encantadora provincia de España»—, Mr. Koerner visita Córdoba, «el ejemplo más perfecto de grandeza caída que yo he visto jamás», pensando, claro está, en el Alcázar y en la Mezquita. Finalmente, tomaron el tren y regresaron a Madrid.

Nosotros volvemos a Sevilla, guiados por la mano de un anónimo periodista, que nos dejó vivísima narración de sus días en la ciudad de la Giralda. Algo que le había desconcertado en grado sumo había sido el sentir clavadas en su persona las miradas de los circunstantes —en las calles, en los teatros, en las iglesias, en la mesa redonda de las tertulias...—. No alcanzaba a comprender la respetuosa atención o curiosidad del pueblo sevillano. Y puesto a detallar, escribe:

«Una buena y lozana barba inglesa excita la ira en esta gente; quizá el llevar cola llamaría menos la atención. La crecida y poblada barba británica se asemeja demasiado a la barba de los moros o al apéndice israelita para ser tolerada por estos creyentes ortodoxos, que se afeitan las patillas y recortan la perilla. Sé de un inglés con barba blanca a quien apedrearon no hace mucho tiempo en una plaza de Sevilla. La ciudad se muestra también muy sensible por lo que respecta a gorros o sombreros de señoras. Llevarlos proporciona tanta seguridad como la que resultaría de presentarse en público con turbante moruno. El hecho de ver a jovencitos bien vestidos soltar la carcajada al paso de una señora inglesa se explica, probablemente, como tributo de respeto a la mantilla nacional que llevan las españolas» (13).

Para el periodista era impensable dormir por las noches en Sevilla a menos que no se hubiese seguido un curso preparatorio de arrastre de cadenas y cables a bordo de las embarcaciones amarradas a los muelles del Guadalquivir, música de los cencerros de las mulas —algo así como el ruido producido por calderos con piedras dentro—, campaneo de las iglesias y canto de los serenos...

«Rondan por las calles con alabardas y linternas, y obstinados insisten en decirle a usted la hora cada media hora, acompañando la

(12) *Ibidem*.

(13) *Seville*, en «Harper's Weekly», Nueva York, 21 noviembre 1868.

intimación con un prolongado aullido, que se supone es ¡*Ave María Purísima!*, y así por el estilo. Hacia las tres de la madrugada empiezan a excitarse las campanas de las iglesias. Estos instrumentos de tortura están suspendidos sobre un eje que da vueltas en torno a pivotes, y un hombre tira de la campana, como de un columpio, una y otra vez, y la campana suena. De manera que entre los cercos de las mulas, en la tierra, y las campanas de las iglesias, en el cielo, el viajero puede perfeccionar sus noches de insomnio ensanchando su ciencia en campanología» (14).

A la hora del baño, la única dificultad que se presentaba en Sevilla era la de obtener agua fría, ya que el sirviente, convencido de que ningún cuerpo humano puede sobrevivir al choque del agua fría, secretamente echaba agua caliente en la bañera. Con referencia a los hoteles, el periodista que nos guía informa que todos ellos estaban administrados por extranjeros, italianos o franceses, dado que el español seguía aferrado «a su idea acerca de lo que debía ser un hotel: un lugar donde usted y el caballo podían dormir, disfrutando de otros comunes privilegios tales como el de un fuego para cocinar las provisiones que, casualmente, lleve usted consigo». De todos modos, el observador asegura que la relación con naciones extranjeras había hecho mucho para mejorar las condiciones de los hoteles. En el Mediodía de España la pensión y el alojamiento se podían lograr a precios inferiores a los reclamados en Francia o Alemania. Y con un gran sentido del humor, el informante da detalles acerca de una economía, ya desaparecida, especialmente sobre alquileres, ágapes y el continuo fumar:

«En Sevilla, por ejemplo, se pueden alquilar apartamentos en el primer piso de un hotel con balcones a la más elegante vía de la ciudad por dos dólares diarios por adulto y un dólar los niños. El precio incluye dos comidas principales según cubierto con regular cantidad de vino de calidad inferior. La mayoría de las personas razonables quedan satisfechas con este trato, y se comprende recordando que el desayuno español es casi una cena, o más bien un temprano almuerzo, y que, además, la carne y los pasteles terminan siempre como postres. La repetición de esta comida a las cinco o las seis de la tarde será la heroicidad máxima que pueden soportar la mayor parte de las digestiones apacibles. No obstante, si el menú es principesco en sus dimensiones, aparecen uno o dos inconvenientes en los

(14) *Ibidem.*

ágapes en común, que harán desear una comida en privado, aunque sea menos suntuosa, pero que será más agradable para el inglés criado con otras nociones de cortesía. En primer lugar hay que tener presente que todo español fuma. A todas horas, y en cualquier sitio, se le encuentra siempre con el inevitable cigarro. Se está, pues, seguro, que irá con él al comedor, y que aprovechará la más pequeña demora entre plato y plato para echar bocanadas con tal vigor que el forastero se preguntará si, por razón por él desconocida, el ágape se sirve, precisamente, en el fumadero del establecimiento. Por otra parte, tengamos en cuenta que el español parece sufrir de resfriados y afecciones bronquiales en grado alarmante. El sacerdote en el altar, el actor en el escenario, el hombre elegante en el club, el vecino de mesa en el comedor realiza tales prodigios de expectoración que únicamente es posible explicarlos como resultante de un crónico des-arreglo de la membrana mucosa nacional» (15).

Y nuestro cicerone confirmará la mundialmente conocida información de que para padecer frío debemos pasar el invierno en una región meridional. Leamos su descripción de los tipismos de las casas sevillanas:

«Seguro que la alcoba será fresca, porque las casas y las calles se construyen de manera que mantienen fuera lo más posible la luz del sol. En algunas calles se tienden alambres de casa a casa y por encima de ellos, durante el calor del día, se extienden lonas, y como muchas tiendas carecen de escaparates exponiendo los artículos en profusión tentadora, se tiene la sensación de pasear a través de una gigantesca y fantástica feria. Tres cosas hay que observar en las calles formadas por residencias privadas. Ante todo, que las casas ostentan ventanales proyectados hacia fuera, del primer piso al último. Esto proporciona a la casa el mismo carácter que una nariz a la cara. Y el efecto queda realizado por la variedad de marcos de brillantes colores pintados según el gusto de los propietarios. A continuación cabe señalar las verjas de hierro, maravillosamente labradas en filigrana, en vez de una puerta sólida. Estas verjas proporcionan, al pasar por delante de ellas, una vista momentánea del patio de mármol, con su fuente en el centro rodeada de naranjos y heliotropos. En tercer lugar, las ventanas de la planta baja y el primer piso están defendidas con fuertes barras de hierro, las cuales despiertan la sospecha de

---

(15) *Ibidem.*



que en Sevilla los robos son frecuentes, o que una gran parte de la ciudad, irracionalmente, se dedica a alojar a detenidos por deudas. La costumbre, sin embargo, nada tiene que ver con el temor a los ladrones, sino al temor a las intrigas. Como las mujeres españolas no gozan de la misma libertad que las nuestras para verse con sus enamorados, compensan la restricción con citas privadas. Corren dos o tres proverbios, no muy corteses, acerca de la vigilancia que debe ejercerse sobre las mujeres, y las rejas de hierro explican, prácticamente, los proverbios» (16).

Y sin inquietud ninguna, con desenfadado estilo, nuestro observador prosigue señalando el origen de una de las calamidades más controvertidas legadas por España a Hispanoamérica, el militarismo:

«Si me preguntaran cuál es el rasgo más característico de la vida corriente en una calle sevillana —tal como yo las vi antes de la actual revolución (17)—, mi respuesta, sin vacilar, sería "Soldados". En el supuesto que otras ciudades estén tan generosamente provistas de defensores como lo está la capital de Andalucía, Su Católica Majestad debía de tener un formidable Ejército. La prevención de un "pronunciamiento" en pequeña escala, ocasionalmente, podrá aumentar la guarnición de Sevilla de un modo extraordinario; pero es que el aspecto diario de la ciudad es bastante para dejar perplejo al forastero que empiece a preguntarse de dónde vienen los enjambres de soldados, cómo se les paga y alimenta y qué hacen con el dinero que reciben. Lo último que se ve por las noches y lo primero por las mañanas son los soldados, vagabundeando por parejas, flacos, demacrados y hambrientos. Las características de los oficiales son cinturas de avispas y aire de desvaída nobleza. Si los cintajos y las condecoraciones fueran signo de valor, la mayoría de ellos deben de ser leones en la pelea. Un observador sin prejuicios se inclina a creer que algo más de hueso y músculo no disminuiría su capacidad guerrera; pero lo que les falta en estatura lo compensan con largura de espada. Lo mismo los soldados rasos que los oficiales llevan los sables a todas horas, noche y día, lo que ayuda a aumentar la lista de tajos y heridas de que Sevilla es merecidamente famosa» (18).

(16) *Ibidem*.

(17) La revolución había estallado en Cádiz el 18 de septiembre de 1868.

(18) *Seville*, en «Harper's Weekly», Nueva York, 21 noviembre 1868.

Tal vez a nuestro observador le faltaba la poética inspiración necesaria para sentir el encanto de los bailes flamencos, exportados a todo el mundo como bailes genuinamente españoles. Pero siempre resulta sincero, e incluso andando a placer de aquí para allá, le gustaba describir cuantos espectáculos se desarrollaban ante sus ojos. Una mañana se levanta temprano, se viste, encarga el desayuno y, al cruzar el patio del hotel, descubre un cartel anunciando que

«... en tal día y a tal hora de la noche el señor Fulano de Tal, con su compañía de señoras y caballeros, ejecutará los bailes nacionales favoritos. Por el pago de un dólar el forastero, o un cuarto de dólar el nativo más favorecido, el visitante entra en una sala larga y triste a cuyos lados se ven sentados hileras de individuos de aspecto tenebroso, los cuales se descubren al punto ser los espectadores que esperan el comienzo de un negocio aparentando una alegría semejante a la de los pacientes en la antesala de un dentista. La entrada de cuatro mujeres vestidas de cortas enaguas, y del mismo número de hombres enfundados en prendas preternaturalmente ceñidas, no alcanza a regocijar al público ni a sacarle de su abatimiento. Son los *bailaores* de renombre a quienes se esperaba. Pero a medida que se despliegan los misterios de la danza, con tal gracia y dignidad que dejan muy atrás a los más afamados *ballets*, me doy cuenta de que la mayoría de los espectadores están en posesión de un par de castañuelas que tenían escondidas en sus ropas. Y a medida que el compás se acelera, las castañuelas suenan; al principio débilmente, después ruidosa, frenéticamente. El son de unas guitarras, parecidas a banjos, mantienen el entusiasmo lanzando tañidos agudísimos. El conjunto se corona con un pataleo general, en mitad del cual una media docena de espectadores se desprenden de sus capas, lánzanse al ruedo del baile, y despliegan unos movimientos tan enérgicos y vigorosos como los de sus hermanos profesionales. Alguien preguntará si el espectáculo es bonito. Depende del gusto. Las siluetas de los *bailaores* son graciosas sin apelación; pero el ensordecedor y continuado ruido de las castañuelas y el alboroto general parecen calculados para interrumpir el disfrute del espectáculo. Al aire libre y con sobrado espacio, el espectáculo sería siempre encantador, pero bajo techado nadie es capaz de controlar los nervios» (19).

Será preferible frenar la tentación de seguir citando el humor desenfadado del periodista. Algo recordaré, sin embargo, sobre sus observaciones acerca

(19) *Ibidem*.

de la afición a las representaciones teatrales. ¿Eran los teatros lugares de entretenimiento o de disciplina penitencial? En los teatros de Sevilla notaba síntomas de depresión, no de alegría. Los hombres se envolvían en sus capas, y las mujeres, telegrafinando con los abanicos a sus amistades favoritas, prestaban tanta atención al escenario como a las admoniciones de sus dueñas. El periodista, caballero cortés muy de su siglo, anota una graciosa característica de las mujeres sevillanas:

«Una de las impresiones que quedan grabadas en todos cuantos extranjeros asisten al teatro se aplicará, sin duda, a todas las españolas, diciendo que son las mujeres mejor enguantadas del mundo. Y así es si tenemos en cuenta que, sobre la ventaja natural de poseer unas manos bien formadas, hacen de la compra de guantes un negocio muy serio de la vida. Una guantería sevillana es una curiosidad. El mostrador se ve adornado con una hilera de pequeños cojines, cuyo probable uso llena de confusiones al extranjero. Digamos que esos cojines están allí para que en ellos apoyen sus codos las señoras, mientras los dependientes (hombres siempre) les prueban los guantes. Ninguna señora, ni en sueños, probará ella misma los guantes. Ni los zapatos. Como las señoras tienen a gala no llevar más de una vez el mismo par de guantes, la operación se repite con frecuencia. Cada vez que se observa a una fila de señoras bajo la susodicha operación, la imagen se completa con la doble fila de caballeros admiradores» (20).

\* \* \*

Muchos de nosotros cruzamos hoy los Pirineos y cantamos la vieja canción de cuna que nos despide de Francia adentrándonos en España. Pero para el viajero perspicaz, ya en el siglo XIX, al dar la espalda a París, la base oriental de los Pirineos se presentaba como umbral de España y no como salida de Francia. El entendido sabía por la historia que los viñedos del Rosellón habían pertenecido a la Corona de Aragón, y siglos después a España. Que la población de aquellas tierras hablaba una variante de la misma lengua hablada en Cataluña. El verde de las cepas y los grises del olivo y de las rocas son los únicos colores del paisaje de Narbona a Perpignan, ciudad catalana, con sus calles estrechas, edificios góticos, atmósfera mediterránea, ajos, naranjas y plátanos. El paisaje produce hoy la misma impresión que en 1867, año en que Mr. Bayard Taylor hizo observaciones similares en su viaje por el sur

(20) *Ibidem*.

de Francia. a través de los valles del Tech y el Tet, bordeando la pirámide solitaria del Canigó, bebiendo el rico y oscuro vino del Rosellón y admirando los bosquecillos de álces, cipreses y álamos hasta alcanzar la villa francesa del Perthus, donde lee el último letrero de *Vente de tabac*. En La Junquera, pasadas las pendientes montañosas cubiertas de alcornoques, el letrero cambiaba en *Estanco nacional* (21). Aquí, en el primer pueblo catalán, se examinaba el equipaje y se pedían los pasaportes, que se devolvían de inmediato sin exigencia de visado ni pago alguno. Y Mr. Taylor comenta: «¡En verdad que el mundo se está civilizando cuando en España, satrapía moral de Roma, empieza a derribar sus murallas y deja entrar libremente al extranjero!» En Figueras, capital del terrible y saludable viento llamado *tramontana*, Mr. Taylor y sus compañeros de viaje se sientan a la mesa de un hotel, confiados, mientras un turista alemán, que cree a pie juntillas en las indicaciones de una guía aclaradora de que las comidas españolas son malísimas, aguarda con expresión angustiada la aterradora experiencia que se avecina. «Y siguió con su aspecto abatido incluso al enfrentarse con un limpieísimo mantel y fresco panecillo, hasta que sintió debajo de sus narices un humeante plato de sopa. Al clor su rostro se aclaró, se transformó en radiante al probarla, y mucho antes que nos sirvieran el pollo asado mostró su satisfacción» (22). Un vino rancio, lleno de fuego estival, que llegó con los postres, acabó de desatar las lenguas.

En el trayecto de Figueras a Gerona, encontráronse los viajeros con los catalanes, quienes, de acuerdo con otro, en este caso francés —pero cuyas notas se publicaron en Nueva York— «no se consideran españoles, porque tienen lengua propia, con gramática y diccionarios propios» (23). Eran, en su opinión, activos y, proverbialmente, trabajadores. «En muchas provincias españolas», nos informa el mismo viajero, «la expresión "Vamos al Catalán" es sinónimo de "Vamos al almacén o a la tienda". Otro proverbio acuñado por los castellanos era el de "Los catalanes de las piedras sacan panes".» Para nuestros viajeros Gerona era una rara, antigua y amurallada ciudad de los tiempos medios, con edificaciones macizas y callejas tortuosas y estrechas. Un ligero incidente retrata la realidad oscurecida frecuentemente por clichés turísticos. Mr. Taylor escribe: «Frente a la puerta de la posta de caba-

(21) B. T.: *By-Ways of Europe. From Perpignan to Montserrat* (American translator and poet), en «The Atlantic Monthly», vol. 20, julio-diciembre 1867.

(22) *Ibidem*.

(23) Véase CHARLES DAVILLIER: *Eastern Spain. The garden region of the Peninsula*, en «Appleton's Journal», Nueva York, 22 enero 1870. Este viaje de Davillier, en compañía de Gustave Doré, fué más tarde publicado en *Le Tour du Monde. Voyage en Espagne* (París, 1862-73). También en *L'Espagne par le baron Charles Davillier* (París, 1874).

llos unos mozos haraganeaban al pasar un sacerdote —un auténtico don Basilio, con su túnica de ala de mosca y el sombrero de teja— y aquellos mozos le miraron despreciativamente y le hicieron una mueca irreverente» (24). Con respecto a irreverencias o, más exactamente, a la desenvoltura del cura de parroquia en el país, los extranjeros quedaron admirados a la vista de un sacerdote «que calmosamente se paseaba los domingos, recién terminada la misa, fumando un cigarro puro y charlando animadamente con un acólito. A nadie le llamaba la atención aquella imagen ni cuando, poco después, se vió a otro eclesiástico encender su cigarro en el brasero de la sacristía de la misma iglesia» (25).

Fué en Gerona donde, por primera vez, Gustavo Doré escuchó la melancólica voz de los serenos a media noche. Vale la pena registrar sus observaciones:

«Estos guardianes de las sombrías calles, con sus capas pardas, sus pesadas linternas y su chuzo, le llevan a uno a los tiempos medievales. No se limita su obligación a vigilar el sueño de los ciudadanos; se les exige también que, con arreglo a normas, anuncien la hora de la noche y la condición del tiempo; y, como este último suele ser sereno durante las horas de tinieblas, el título de "serenos" se deriva de un modo natural del canto de estos guardianes, cuyos gritos están llenos de originalidad. A veces empiezan con una alabanza de Dios o de la Santísima Virgen, tal como "¡Alabado sea Dios!" o "¡Ave María Purísima!". La articulación del grito ha sido, por años y años, siempre la misma. Así: "¡A-la-ba-do sea Di-os, las do-ce y cuar-to! ¡Serenos!"» (26).

En Gerona volvieron a examinar el equipaje. A la pregunta del viajero del porqué de aquella molesta formalidad, los españoles le informaron que «si fuera abolida, muchísima gente se encontraría sin empleo». Y el cronista añade: «No es que la paga sea muy grande, pero a los empleados se les tienta a menudo con el soborno para que no registren el equipaje» (27). En sus vagabundeos el curioso reportero descubre una casa soberbia y pregunta, con toda inocencia, a quién pertenece, a lo que el propietario, inmediatamente, responde: «Suya, señor.» Y el reportero anota: «A tanto se extiende la

(24) *From Perpignan to Montserrat*, en «The Atlantic Monthly», vol. 20, julio-diciembre 1867.

(25) *Eastern Spain*, en «Appleton's Journal», Nueva York, 22 enero 1870.

(26) *Ibidem*.

(27) *From Perpignan to Montserrat*, cit.

cortesía española...» (28). Durante uno de los raros viajes en ferrocarril que podían disfrutarse en la Península, el viajero sigue acumulando notas:

«Nuestra locomotora había adquirido el hábito nacional. Marchaba con gravedad y prosopopeya, nadie podía apresurarla, e incluso los silbidos eran mansos y dignos. Ibamos a paso moderado, unas quince millas por hora, lo cual me facilitaba observar la diligencia de este pueblo, manifiesta lo mismo en el llano que en las laderas montañosas» (29).

El paisaje era radiante y hermoso. Al ferastero le encantaban la riqueza y variedad de la vegetación que cubría los alrededores de las poblaciones. Y el cronista nos recuerda que los catalanes, en contraste con los alegres andaluces y los pordioseros castellanos de sangre azul, tan orgullosos como los Grandes de España, han sido siempre considerados rudos y toscos. Sin embargo, prosigue el cronista,

«... poseen la virtud del trabajo, la cual, aun cuando nuestros gustos artísticos puedan desvalorizarla, es la fuente de todos los bienes. Al contemplar cómo convierten en jardines, por terrazas, las laderas rocosas, cómo podaban los olivos para lograr una cosecha sana y abundante, cómo se mantenía erguido el espeso trigal mecido suavemente por la brisa, me olvidé de los garbosos majos de Sevilla y ofrecí toda mi cordial admiración por los vigorosos recolectores de los campos de Cataluña» (30).

En Tordera, en la línea del ferrocarril de Perpignán a Barcelona, los vagones de tercera clase se llenaron de labradores que iban a la capital para vender sus frutos y verduras. Eran labradores catalanes con sus anchos pantalones de pana sujetos a la cintura con rayadas fajas, chaquetillas cortas, gorras o rojas barretinas de lana. Se agrupaban entre montones de melones y otros frutos; algunos, acurrucados en sus mantas, dormían profundamente, mientras otros fumaban sus cigarrillos. Los pasajeros que iban en compañía de los extranjeros pertenecían a la clase acomodada. Pero unos y otros preferían hablar en su antigua lengua lemosina, aparentada con el provenzal, que para Mr. Taylor «resultaba exasperante, porque sonaba muy familiar y, sin em-

(28) ELIE RECLUS: *Incidents in the Spanish struggle*, en «Putnam's Magazine», volumen 3, Nuevas Series, Nueva York, enero-junio 1869.

(29) *From Perpignan...*

(30) *Ibidem.*

bargo, era incomprensible». Aquí leemos un juicio imparcial sobre la lengua catalana: «Es tersa, enérgica y expresiva, y debo confesar que el ceceo español, al lado del catalán, parece ganar en melodía a expensas de fortaleza» (31). Así fueron acercándose a Barcelona, costeando el Mediterráneo, entre paisajes tan suaves y bellos como los que abarcan las riberas de la bahía napolitana. Pero en las ciudades fabriles que atravesaba el ferrocarril, el ambiente era negruzco y humeante como en las clásicas zonas industriales de Inglaterra.

Al cruzar la extensa llanura del Llobregat observaron a un mismo tiempo naranjales y chimeneas de fábricas, una curiosa mezcla de poesía y factores grasientos. Y, por fin, llegaron a la capital de Cataluña. A la izquierda el mar fulguraba en una línea azul, la ciudadela de Montjuich coronaba un otero enfrente, y la ciudad propiamente dicha se ocultaba bajo el follaje de la llanura. En la estación los viajeros tuvieron que esperar media hora más hasta que los empleados de aduana examinaran de nuevo el equipaje. Cervantes había aclamado la ciudad de Barcelona como «archivo de la cortesía, albergue de los extranjeros, hospital de los pobres, patria de los valientes, venganza de los ofendidos, y correspondencia grata de las firmes amistades, y en sitio y belleza única». Celebrada por sus actividades comerciales, sus escultores y *ferriers* — forjadores de hierro —, Barcelona era todavía la Manchester de la Península. Ocurría que las costumbres y maneras de París y Marsella iban rápidamente suplantando las populares características de la ciudad, de día en día más y más moderna, sede de las modas francesas para las clases acomodadas y de un decidido republicanismo entre las clases modestas. De hecho, Barcelona era el cuartel general del descontento político de España, «probablemente porque en contraste con la vida más activa y diligente que llevan sus ciudadanos, son éstos más sensibles al desgobierno bajo el cual languidecen» (32). Se había encontrado tan apretujada en sus antiguas murallas que al fin se había librado de ellas, y un ambicioso plan de despliegue arquitectónico originaba suburbios modernos que prometían una nueva ciudad mejor que la antigua. En esta segunda ciudad de la Península, con laderas y colinas salpicadas de villas o *torres*, que habían captado la pintoresca imaginación de Irving, los platillos y las guitarras permanecían silenciosos. Un enamorado de las tierras soleadas (33) escribe, refiriéndose a Barcelona: «Con sus ventajas naturales para el comercio y la industria, podría situarse entre los más florecientes mercados del mundo.» Con toda su importancia, en 1861 no había consulado norteamericano en la ciudad (34).

(31) *Ibidem*.

(32) *Ibidem*.

(33) V. «Harper's Monthly», vol. 38, diciembre-mayo 1868-69.

(34) A. U. S. A., Dept. St., Sp. vol. 43; Madrid, 5 julio 1861. Perry a Seward.

Los visitantes no dejaban de recorrer la catedral, bajando a la tumba de la santa patrona de Barcelona, Eulalia, y clavando luego la mirada, sorprendidos, en el pináculo que sostiene los tubos del órgano, donde una enorme cabeza de moro con su larga y roja barba, daba la sensación de que la habían sumergido en sangre. Pero al margen de las iglesias, los visitantes disfrutaban paseándose arriba y abajo de los campos Elíseos, el paseo principal de la ciudad, situado en un extremo de ella. El tono y las gracias del *Boulevard des Italiens* se respiraban en sus «jardines encantadores, los entoldados de bailes públicos de gayos colores, llenos de alegres parejas vestidas con sus trajes típicos; grupos había que se sentaban en los ángulos sorbiendo los refrescos llamados horchata de chufas; las cuadrillas de vals se sucedían unas a otras al compás de la música de las diversas orquestas, y aquí y allá el fojalle y los entoldados permitían vislumbres del cielo azul y, en el lejano horizonte, las verdeantes colinas que rodeaban a la ciudad sembradas de torres...» Las señoras y muchachas llevaban corpiños o chaquetas cortas de terciopelo, faldas cortas también y pañuelos colorados atados al cabello. Algunas llevaban, prendida en sus oscuras trenzas, una sencilla flor, «y resultaban igualmente embrujadoras». Los caballeros usaban con galanura la *marsilla*, chaqueta corta catalana, y una corbata roja, ceñida por anillo de plata, que flotaba libremente. El ocio y el placer de la ciudad desembocaba en la Rambla, un especie de *boulevard* central que al anochecer se transformaba en un diorama de vida regocijada. En la Rambla se observaban toda clase de tipos, «desde la señora cubierta de seda y puntillas al pescador con su barretina y su chaleco colgándole de los hombros, codeándose con los caballeros que parecían haber salido del último figurín de moda» (35).

Montserrat, «montaña aserrada» en catalán, era el balneario dominguero para los excursionistas y gremios, «una cuarta parte lugar devoto, y tres epicúreo». En aquellos días los viajeros tomaban el tren de Tarragona a Martorell, del que hacían transbordo a una diligencia que los llevaba a Collbató, en la base meridional de la altiva montaña. Nuestro curioso y mordaz Mr. Taylor compartió el *coupé* con un joven fabricante de algodón que le aseguró que en España el suelo era bueno, pero no así el *entresol*, es decir, el pueblo. Y mostrándole las bien cultivadas tierras que cruzaban, el compañero de viaje añadió: «Verá, el *entresol* es un poco mejor en esta región que en cualquier otro sitio de España...» (36). Muy arriba, bajo tremendos acantilados, Mr. Taylor se apeó a la puerta de la posada de Collbató. En el libro de registro comprobó que los alemanes eran los más frecuentes visitantes de la zona. Sólo

(35) *Eastern Spain*, cit.

(36) *From Perpignan...*



rastreó el nombre de tres norteamericanos. Al alba del siguiente día, una mula y un guía le esperaban ya para iniciar la ascensión al más elevado pico, el de Sant Geroni. La excursión fué una recompensa para un hombre como Mr. Taylor, aficionado a la botánica y la geología, especialmente la primera. Mientras serpenteaba montaña arriba a través de rocas orladas de acebos enanos, bojés y lentiscos, que daban fragancia al aire, barruntó la existencia de quinientas especies de plantas: tomillo, lino silvestre, acónito y, sobre todo, el boj, arbusto y árbol, reminiscencia de Italia y Grecia, de cultura y arte antiguos. El olor del boj le sugería la idea de eternidad. Y Mr. Taylor escribe: «Si no fué la primera planta que apareció en el frío planeta, merecía haber sido la primera... A medida que avanzaba, el boj susurraba: "No temas; si reshalas, yo te sostendré"» (37). Después de saturar el alma con las bellezas de Sant Geroni —el majestuoso panorama de los Pirineos cuyos rosados picachos se recortaban en el profundo azul del cielo—, descendió al monasterio, aprendiendo en el camino la leyenda de Joan Garí; y desde la terraza gozó del soberbio horizonte que se alejaba hasta llegar al mar, una amplia línea azul en la lejanía. Dejando Montserrat a sus espaldas, en el pueblo de Monistrol, junto a las riberas del Llobregat, Mr. Taylor escribe el siguiente párrafo al divisar una gran fábrica de artículos de algodón:

«Las puertas se abrían al acercarnos nosotros, y de ellas salieron los trabajadores, cumplida la labor del día. Hombres y mujeres, muchachos y muchachas, con sus barretinas y sandalias, o descubiertos y descalzos, irrumpían alegremente al camino, brilládoles ojos y dientes mientras charlaban y cantaban. No se trataba de esclavos de la fábrica, pálidos y melancólicos, sino de alegres y despreocupados hijos del trabajo y, según mi parecer, los verdaderos sucesores de los inútiles ideales encerrados en el monasterio de Montserrat. Arriba, en la montaña, un sistema todopoderoso en el pasado, moría rápidamente; en el valle era donde se desarrollaba la única vida que podía dar un futuro a España» (38).

\* \* \*

En los últimos años del decenio de 1860 España se convirtió en la tierra llena de promesas para los políticos y diplomáticos de los dos hemisferios. La semejanza entre España y Rusia se había señalado ya en cuanto al paisaje, la música y el temperamento. Las personas educadas deseaban dar a conocer

(37) *Ibidem.*

(38) *Ibidem.*

al mundo la verdadera España, no la de recuerdos y óperas cómicas, sino la España como ella era, «con sus rudos aragoneses, sus robustos catalanes, sus semidesnudos valencianos tan atezados como los cabileños, sus andaluces enfundados en curtidos cueros, y sus altivos castellanos, tan diestros en cubrirse con harapos increíbles» (39). Las islas Baleares apenas si se consignaban en los dietarios y notas de viaje de los turistas. No obstante, era fácil alcanzarlas desde la costa mediterránea, de donde un vapor conducía el visitante a Mallorca, entre la aurora y el crepúsculo. Palma, la capital de las islas Baleares era el puerto de destino para todos cuantos abandonaban el de Barcelona. Tan pronto desembarcaban los visitantes se enteraban de que la ciudad había sido construída sobre las ruinas de una vieja ciudad romana fundada por Quintus Cecilius Metellus. Tras muchos años de dominación musulmana el Rey Don Jaime de Aragón había conquistado la isla, y desde entonces la lengua generalmente hablada por el pueblo era el mallorquín, una variedad del catalán, lengua que, lo mismo que en la propia Cataluña, estaba prohibida en las escuelas (40).

Los extranjeros admiraban las viejas estructuras de los edificios, mitad góticos y mitad morunos, con pilares retorcidos y adornos arábigos. Como la planta baja de las casas estaba siempre abierta, quedaban expuestos al público todos los aspectos de la vida doméstica y del trabajo mecánico: la cocina, el lavado, la costura; la labor del sastre, del zapatero y del barrilero; el trenzado de cuerdas y de cestos..., todos los oficios se ofrecían a la curiosidad de los peatones que cruzaban las estrechas calles. Muchos de los patios de mármol, eternamente umbríos, refrescaban el ambiente con la humedad de los surtidores y fuentes que funcionaban de continuo. Y aun cuando caía todo el año de un cielo siempre límpido, el calor no era riguroso, sino templado por la brisa marina, y la isla presentaba variedad riquísima de montañas y valles con abundantísima vegetación. Como en Cataluña, el visitante observaba las típicas terrazas cultivadas por la vigorosa raza de la isla, terrazas que daban hermosas cosechas de trigo y lino. Por el contrario, el naranjo, el olivo y el algarrobo daban sus frutos sin que nadie cuidara de ellos. Un aspecto atractivo de la isla era el de que su fertilidad, pareja de la honradez e industria de sus habitantes, facilitaba la baratura de la vida. No se conocía el fraude. Labradores y terratenientes vivían amigablemente, sin encono. El capitán Clayton, por ejemplo, tenía hecha la observación registrada ya por inteligentes viajeros de la periferia española, relativa a que los felices isleños, sin amargura ni odio, «parecían preocuparse poquísimos o nada de las otras naciones.

(39) *Eastern Spain...*

(40) JOHN WILLIAMS CLAYTON: *The Sunny South, An Autumn in Spain and Mallorca*, London, 1868.

ni tan siquiera de la que su isla no constituía sino una provincia». Oficialmente era una provincia. El fragante valle de Solar, espeso del aroma del azahar, lujurioso por su verde vegetación, en contraste con el púrpura de sus higos, inspira al capitán Clayton el pasaje que sigue:

«El pueblo es un crédito positivo de la nación española, y posee la excepcional característica —excepcional para España— de que es un pueblo limpio y no huele mal. Cuenta con una posada decente, o fonda, en la que los pisos están bien barridos, las paredes encaladas, las sábanas de nieve y las camas solitarias, invitadoras al reposo, libres felizmente de la socialísima chinche y de la intrusiva pulga. El valle de Solar, anfiteatro de unas seis millas, produce anualmente una cosecha de naranjas y limones valorada en 125.000 dólares oro; 150.000 en aceite. Los olivos crecen en cualquier parte, pero generalmente se cultivan en terrazas, amorosamente, escalonadas en las laderas de las montañas, donde el fruto alcanza estu-penda madurez. Los caminos están tan bien trazados y conservados que a pesar de lo fragoso del terreno, las cargas del interior llegan fácilmente a los puertos» (41).

El pueblo tenía un secreto. Los médicos estaban muy vigilados, y no se les permitía transportar estiércol al anochecer. La puerta de cada uno de ellos se veía marcada con tantas rayas rojas o cruces como personas hubiesen muerto bajo su cuidado. «Afortunadamente --declara el astuto capitán--, el clima mallorquín es tan bueno que hay pocas ocasiones para consultar la rúbrica fatal de la puerta de un médico» (42).

Otros viajeros se sentían atraídos por los trajes típicos que los jóvenes no usaban ya. Admiraban los pantalones turcos de los hombres y la curiosa indumentaria de las muchachas de la ciudad: la ancha pieza triangular, de puntilla blanca o negra, que cubría el cabello, encuadrando estrechamente el rostro, y que se sujetaba bajo la barbilla, dejando las puntas colgantes sobre el pecho. Estos turistas no olvidaban nunca la visita a Valldemosa ni, por tanto, la charla sobre George Sand y Chopin. Artistas y poetas visitaban la Llotja, la fortaleza de Bellver y los molinos de viento. Comprobaban que Mallorca era, en verdad, la huerta del Mediterráneo, henchida de frutos de la más exquisita calidad: albaricoques, dátiles, bananas, cerezas, manzanas, melocotones, naranjas, limones, almendras, uvas y aceitunas. Del brillante puerto de Sóller, los viajeros escalaban el Puig Major, el pico más elevado de la

(41) *Ibidem.*

(42) *Ibidem.*

isla. Y los observadores penetrantes tomaban nota de las características sociales, políticas y económicas de la isla. El isleño los saludaba con un amistoso *Bon dia!* Se enteraban de que el robo y la mendicidad eran desconocidos en Mallorca, cuyos habitantes estaban convencidísimos de que no había tierra mejor en el mundo. Estaban orgullosos de la excelencia del vino de Benisalem («hijos de la paz», en hebreo), Inca y Alcudia, con su ambiente de antigüedad y reposo perpetuamente reproduciendo la juventud de la Naturaleza. «Con el olivo —escribe nuestro guía Mr. Taylor—, algo del Atica viene siempre hacia mí; y con el acebo algo siempre de Tusculum y de Sabina. El boj, no sé por qué, me sugiere el Eufrates, y el mirto florido, el jardín del Edén.» De Mallorca zarpó para la isla de Menorca, la segunda de las Baleares, isla de ciudades y villas siempre alegres, soleadas y llenas de color, y sin huella alguna de la indolencia y la suciedad acostumbradas en la Península. Sus habitantes parecían ser más independientes y genuinos de carácter que los mismos mallorquines. Hablaban también una variedad de la lengua catalana —*Bon dia tinga!*— era el saludo universal. Comentando el orgullo y la sencillez de estos isleños (notas que no excluían agudeza y astucia), de nuevo Mr. Taylor discierne sobre la arrogancia latente en la periferia española:

«Casi se considera un insulto oír que el extranjero habla de ellos como españoles. Días atrás, el gobernador de la isla dijo al general Serrano, desterrado temporalmente en el puerto Mahón: "Los menorquines son un pueblo muy curioso. En las calles observará usted que no se descubren porque pase usted, como lo habrá observado en Madrid." y el general contestó: "Sí; ya me he dado cuenta de que les importamos poco ni usted ni yo.» Los viejos recuerdan con nostalgia los tiempos de ocupación inglesa; por su parte, la gente joven quedaría satisfechísima si España vendiera la isla a los Estados Unidos para tener en ella una estación naval. Eso sí, todos están de acuerdo en nombrarse a sí mismos menorquines o mahoneses. y en trazar una ancha línea de separación entre ellos y los españoles de la Península» (43).

\* \* \*

Gracias a la prosa de Charles Davillier y a las ilustraciones de Gustave Doré, los lectores norteamericanos contaron con excelente información sobre

(43) B. T.: *By-Ways of Europe. A visit to the Balearic Islands*, en «The Atlantic Monthly», vol. 21, enero-junio 1868.

el Levante español: jardín de la Península. Gracias a ellos el *New Yorker Magazine* (44) pudo ofrecer a sus suscriptores una narración interesante a par de artística. El viaje a Valencia, Paraíso de los poetas árabes, empezó en Barcelona montando en una soñolienta diligencia tirada por mulas. En «el dorado antaño» la carretera había sido teatro favorito de famosas bandas de bandidos, pero los «civiles», policía que patrullaba por «parejas», había hecho desaparecer por completo aquella maldición de las montañas. Pero si los bandidos habían desaparecido, el turista estaba aún sujeto a los abusivos precios del transporte. Las diligencias, por ejemplo, cobraban dos pesetas —cuarenta centavos de la época— por legua, precio equivalente el de cinco veces el pasaje de primera clase en ferrocarril (45). Con la agravante de que estos precios exorbitantes no frenaban a los conductores para contar con la propina como la cosa más natural del mundo.

En realidad, el viaje hacia el Sur no empezaba hasta cruzar el rico valle de La Conca, cercano al famoso convento de Poblet, en tiempos panteón de los reyes aragoneses. Por una carretera de accidentado trazado, desde la que, a trechos, se oteaba un mar intensamente azul, los viajeros atravesaron una región pobladísima hasta llegar a Tarragona. Dejaron atrás la vieja ciudad de Tortosa, a orillas del Ebro, pasando luego, sin detenerse, por el fantástico puerto de Vinaroz, celebrado por sus vinos, tintos y espesos. Cruzaron el Cenia, límite con Cataluña, y entraron al fin en la región valenciana, jactanciosamente cantada como el Paraíso de España. Monsieur Davillier afirma:

«Indiscutiblemente, esta tierra es la más fértil de España, realidad que los actuales habitantes deben agradecer a la sabiduría de los sarracenos y a la sensatez de quienes gobernaron esta tierra cuando formaba un reino separado, independiente de Castilla» (46).

Mientras Gustave Doré trazaba sus dibujos monsieur Davillier tomaba nota del sistema de canales y zanjas que permitían regar el terreno de la-branza semanalmente, dando cuatro cosechas al año. Los vestigios de la conquista musulmana se encontraban con frecuencia, por ejemplo, en las atalayaz, torres cuadradas que en lo antiguo habían servido de vigías, y, sobre todo, en los nombres de las poblaciones, tales como Alcalá y Benicarló. El

(44) 22 enero 1870.

(45) Mr. Barringer, embajador estadounidense en España en años anteriores, había pagado trescientos dólares, otros tantos dólares, por el transporte de un carruaje, cuyo flete, de Nueva York a Cádiz, sólo le había costado cincuenta dólares...

(46) *Eastern Spain. The garden region of the Peninsula*, en «*Appleton's Journal*», Nueva York, 22 enero 1870.

calor tropical en mitad de septiembre obliga a los viajeros a detenerse frente a los magüteys, que alcanzan proporciones colosales, y aprovechar la sombra de los algarrobos, cuyo espeso follaje golpeaban con palos mujeres y chiquillos para cosechar las algarrobos, abundantísimas en el Sur de España. En Benicarló probaron los vinos, «que un siglo atrás se exportaban a Cette, de Francia, donde, después de mezclarse con caldos más flojos, para darles cuerpo, se mandaban a Burdeos y de allí a Inglaterra» (47).

Pasado Murviedro, junto a las ruinas de la antigua Sagunto, monsieur Davillier y su compañero Doré llegaron a Valencia, «la más noble, famosa, antigua, distinguida, magnífica, ilustre, sabia, coronada y nunca suficientemente alabada Valencia del Cid». Era una joya con su hermoso cielo, sus árboles tropicales, sus primaveras y violetas, y sus huertas plantadas de naranjos, granados y limoneros. En estas condiciones, ¿quién podía resistir la tentación de un desayuno a base de fresas regadas con el delicioso y ligero Malvasía? Con referencia a la acusación de pereza imputada a los habitantes de aquel paraíso, un escandinavo había dado su opinión: «Algunas veces reprochamos nosotros a las razas meridionales su indolencia, y su poca afición al comercio y la industria, pero cuando nosotros mismos nos sentimos bajo el influjo encantador del clima que ellos disfrutaban, llegamos a pensar que, después de todo, no merecen tanto reproche» (48).

Entraron en Valencia por la Porta de Serranos, abierta en una muralla almenada, encontrando al otro lado un laberinto de retorcidas callejas con casas encaladas adornadas de balcones, en los que se veían doncellas valencianas, medio ocultas detrás de largas cortinas de telas rayadas o de pesadas esteras. Tendidos de gruesas telas unían las casas de una a otra fachada. Debajo de ellos se afanaban los valencianos. De nuevo la típica indumentaria seduce lo mismo al cronista que al pintor, que nos informan sobre el pañuelo de tonos vivos atado alrededor de la cabeza, el chaleco de terciopelo gris o azul con botones de plata o fundidos en plata y cobre, los zaragüelles de lienzo que recordaban los pantalones de Albania, y las invariables *espartidines*, las populares alpargatas de cáñamo trenzado. La prenda más característica era, sin embargo, la capa, larga pieza de lana, por lo regular rayada y de brillantes colores, que no era solamente una prenda. Monsieur Davillier escribe:

«Si levantáis las puntas, veréis que sirve también para guardar las provisiones compradas en el mercado; al montar a caballo, se dobla en cuatro pliegues y se tiene así una silla elegante; por la

(47) *Ibidem*.

(48) *Ibidem*.

noche, si el usuario descansa al aire libre, lo que no es raro en verano, extiende la capa en el suelo, y haciendo almohada del codo, se echa a dormir despreocupadamente. Sería difícil calcular la larga vida de estas capas...» (49).

En el mercado se respiraba una atmósfera provinciana que permitía a los viajeros hacer mil conjeturas acerca de los pintorescos días de antaño. Los *labradores* llegaban con su fresca carga de naranjas y racimos de uva, digna de las viñas de Canaán. Los frutos exóticos eran vendidos por graciosas muchachas que llevaban el cabello, negro como el ala del cuervo, arrollado en trenzas sobre las sienes, y sujeto luego en la nuca formando un moño monumental, en el cual se clavaba una peineta de plata dorada. Los hombres tenían reputación de ser a un mismo tiempo alegres y crueles, según cantaba la copla:

Y lleva por cascabeles  
cabezas de valencianos...

¿Significa esto que Valencia era un paraíso habitado por demonios? Otra copla, o proverbio, decía precisamente lo contrario: «En Valencia la carne es yerba, la yerba es agua, el hombre mujer y la mujer nada...» Los dos viajeros se demoraron en la ciudad para visitar las iglesias, reliquias esplendorosas de la época sarracena, la *Llotja de Seda* y las márgenes del Guadalaviar, para sentarse en alguna horchatería y sorber la deliciosa horchata de chufas mientras escuchaban las dulces cadencias de la cítara, «instrumento más pequeño, achatado y gracioso que la guitarra». O la dulzaina, especie de gaita, o la bandurria, más pequeña todavía que la cítara. Y subieron, naturalmente, al campanario de la catedral.

«Es soberbia la vista desde lo alto, abrazando la totalidad de la ciudad, con sus blancas terrazas y sus relucientes cúpulas; la verdeante extensión de la huerta, limitada a lo lejos por las cordilleras azules y rosadas de las montañas, se bañaba en luz transparente; el ancho lago de la Albufera, mezclándose con el mar, se veía manchado de velas blancas, y el puerto del Grao proyectaba al cielo los mástiles de sus barcos por entre los talludos pinos de la costa» (50).

Mucho más cerca se veían también los dos paseos de la ciudad, : la Alameda y la Glorieta, a uno y otro margen del Guadalaviar. Antes de abandonar

(49) *Ibidem.*

(50) *Ibidem.*

Valencia, «Edén de España», los viajeros se enteraron de que la ciudad había sido la cuna de la imprenta española, pues atesoraba los primeros libros impresos en la Península: las *Trobes*, de 1474, y el *Tirant lo Blanch*, de 1490, ambos impresos en lengua valenciana. Informáronse asimismo de que Valencia era la capital de la tauromaquia. Finalmente, tras visitar el museo, la calle de la Platería, y admirar la afamada loza valenciana, se dirigieron al Sur, sin perder nunca la cinta azul del Mediterráneo. Así llegaron a Alcira, renombrada por sus bosques de naranjos, limoneros y granados. Atravesando los pantanos de arroz subieron a Xixona, «colgada, como un nido de águila, en mitad de áridas y quebradas montañas, que la paciente diligencia y maña de los valencianos habían logrado transformar en jardín floreciente». Algarrobos, higueras, albaricoqueros, almendros, rodeaban la ciudad. «Los almendros, principalmente, contribuyen a la riqueza del país, pues gracias a sus frutos se fabrican grandes cantidades de turrón, exportado a lejanas tierras con el prestigio que merece...»

Alicante les ofreció un lugar placentero, con vinos que rivalizaban con los de Málaga, y un activísimo comercio con el interior del país y con el extranjero por mar, servido por líneas regulares de vapores que la ponían en comunicación con Cádiz, Barcelona, Port-Vendres y Marsella. Sus vinos y conservas llegaban ya a Nueva York en grandes cantidades (51). Con creciente curiosidad, Gustave Doré tomando apuntes y Charles Davillier anotando sus impresiones, alcanzaron Elche, famosa por sus exportaciones de dátiles y palmeras, así como por sus tenerías y fábricas de jabón. Dejando atrás el paisaje africano de cactus y magüeys, atravesaron Alcoy, conocida por sus fábricas de papel de fumar, y llegaron a Murcia, etapa final del viaje que se trazaran. Les intrigó el cielo, siempre despejado y hermoso. «Durante ocho meses —escribe Davillier— no cae una gota de lluvia, pero en compensación la atmósfera, ardiente durante el día, está llena de humedad durante la noche.» En cuanto a los murcianos, no le parecieron tan activos ni inteligentes como sus vecinos los valencianos. Y añade: «El doctor Sangrado hubiese quedado satisfecho de los murcianos porque beben enormes cantidades de agua helada y se sangran con el menor pretexto» (52). Para nuestros viajeros, la periferia de España combinaba la más generosa lozanía de la Naturaleza con el espíritu inteligente, emprendedor y republicano de sus habitantes. En una

(51) En «Appleton's Journal», 5 febrero 1870. No obstante la productividad e importancia comercial de Alicante, Mr. Perry, marido de Carolina Coronado y secretario de la Legación norteamericana en Madrid durante muchos años, había recomendado posponer este puerto al de Cartagena. Véase sus razones en A. U. S. A., Dept. St., Sp., volumen 44; Cartagena, 20 octubre 1862.

(52) «Appleton's Journal», 5 febrero 1870.



frase la describía Davilliers: «Las delicadas telas, algodones y sedas de Valencia; las lanas de Cataluña y Aragón; los lienzos de Galicia; las tenerías y cueros de Sevilla, Córdoba, Ferrol y Vitoria...» (53).

\* \* \*

En nuestro breve recorrido no podemos olvidar uno de los más diminutos Estados europeos, Andorra, tierra tan catalana como cualquier otra del Principado de Cataluña. «Tierra de contrabandistas y ladrones», dijo el banquero a nuestro conocido Mr. Bayard Taylor, al llenarle la bolsa. Con toda seriedad el banquero le aconsejó que abandonara la idea de entrar en Andorra porque los caminos eran imposibles y, más aún, «nada digno de ver encontraría en aquellas tierras...» (54). Pero Mr. Taylor era obstinado. El viaje, iniciado en Manresa, lo fué con buenos augurios: la hotelera que le acompañó al dormitorio empezó «por poner sábanas limpias en una cama lo bastante grande para cobijar a cuatro soldados de Michigan». Al día siguiente, una diligencia llevó a Mr. Taylor por el valle del Cardoner, pasando por Suria y Cardona con sus minas de sal. De Berga continuaron hacia el valle de Solsona. El trayecto le familiarizó gustosamente con una popular bebida catalana: el vaso de agua con azúcar y anís. Disfrutó del canto de los ruiseñores, se alegró de no sentir el polvo en la nariz y oler, en cambio, a todas horas, los cereales y las flores. En Oliana, «el más viejo y pardo lugar que he visto en mis días», escribe Mr. Taylor, vió un letrero columpiándose sobre la puerta del mesón: *Hostal*. «Con sus puertas sucias, sus pulgas y su peste agradecí la llegada a aquel mesón», escribe. La gente le ofreció el mejor asiento, junto a una ventana abierta, con vista a unos campos verdes entre sauces y, más abajo, el huerto del cura párroco (blanco favorito de sus observaciones) «el cual, con su sotana y sombrero de teja, inspeccionaba las verduras. Arremangándose las faldas, andaba remilgadamente entre los surcos de lechugas y coliflores, señalando de cuando en cuando una lánguida planta que una vieja que le seguía se apresuraba a regar echando agua de un tanque colocado en un rincón del huerto...» (55).

Las anotaciones de Mr. Taylor poseen la valiosa calidad de lo tangible y concreto, fuente de información precisa y auténtica. Escribió sus notas en los mismos lugares y el mismo día a que corresponden, tal vez a la misma

(53) *Ibidem*.

(54) B. T.: *By-Ways of Europe. Catalonian bridle roads*, en «The Atlantic Monthly», volumen 21, enero-junio 1868.

(55) *Ibidem*.

hora en que se sucedieron los hechos o las imágenes que se las sugirieron. Citémosle una vez más para hacernos cargo de su particular interpretación de la historia :

«A pesar de lo rústica y sucia que era mi habitación en el *Hostal*, el dormitorio resultaba limpio y placentero. El piso, de losetas, un sencillo lavabo que recordaba los antiguos trípodes, una silla, la cama burda, pero recién hecha... ¿Qué más puede desear un hombre razonable? Las sábanas eran del burdo lino que sólo se encuentra en el sur de Europa, en Africa y en el Oriente, sábanas que siempre parecen frescas y limpias, y nada tienen en común con las de tela desaliñada y floja que encontramos en las posadas baratas de nuestra tierra... Yo me alojé mucho mejor en el más pobre mesón de España que en la *Jimple-cute House* de *Roaring City*» (56).

Los ríos Segre y Ebro, la diversidad de los valles y montañas que atraviesa, la abundancia de manantiales y de huertos, y los humildes equipos (prendas y muebles) de las polvorientas posadas, tenían la virtud de despertar la inspiración de Mr. Taylor. He aquí otra muestra de ella escrita en *Organyà*, a propósito del típico *porró*, presente en todas las cocinas catalanas :

«El ama de la casa colocó sobre la mesa una botella de ancha panza y pico, algo parecida en su forma a la antañona aceitera... Yo no era lo bastante catalán para beber sin vaso; pero Joan [su guía], alzando el *porró* hasta la altura de su cabeza, dirigió el chorro de vino hacia su boca abierta, y bebió largo y deliciosamente. Cuando se dió por satisfecho, un hábil movimiento de la muñeca cortó el chorro, y no se perdió ni una gota. La botella pasaba de una mano a otra, y no se puede decir de una a otra boca porque los labios no la tocan» (57).

Con el tiempo, incluso Mr. Taylor llegó a beber del *porró*, para descubrir, sin embargo, que gran parte del sabor del vino se perdía. ¿Se había inventado aquella manera de beber para disimular una mala cosecha? El espectáculo de la Naturaleza era de tal belleza para la sensibilidad de nuestro viajero que juzgó que ni Suiza se le podía comparar. Cruzó los tres puentes, *els tres*

---

(56) Estas sábanas de hilo (*fil* en catalán) llegaban a España, tradicionalmente, de Egipto.

(57) *Catalonian bridle roads*, cit.

*ports*, y tuvo que pagar tres cuartos de peaje. Al llegar a Urgel —la *Seu*, según la llamaban sus habitantes— pensó que seguramente nada había cambiado allí desde el siglo XII. Una fortaleza le dijo que se hallaba frente a la residencia del obispo, Príncipe del Valle de Andorra (58). Por fin, en *Andorra la Vella*, a Mr. Taylor le pareció que se encontraba en el castillo de la Bella Durmiente. El tiempo se había detenido y la Historia había cerrado sus anales. Creyó que nunca más olvidaría las tres últimas millas de su viaje:

«Aguas cristalinas se precipitaban rumorosas a la orilla de mi camino; de las masas rocosas grandes y retorcidos acebos saltaban sobre mí; montones de níveas eglantinas o purpúreas clemátides coronaban los acantilados o colgaban de ellos como dobladas cortinas, y las espesas sombras de nogales y álamos se extendían sobre los jugosos campos de yerba y flores. El ruiseñor y el tordo cantaban en la tierra, la alondra en el aire; incluso el melancólico canto del joven labrador en su labor parecía completar, con su suave tristeza, el resplandor y la alegría del paisaje» (59).

El escrupuloso viajero visitó la *Casa de la Vall* (*Domus Consilii, Sedes Iustitiae*), en la cual se veía un escudo de mármol con las armas de la República, en sendos cuarteles la mitra y el báculo del obispo de Urgel, las cuatro barras rojas de Cataluña, las tres barras sobre campo azul de los Foix y las vacas de Béarn. Mr. Taylor, hombre culto, conocía las obras del erudito Fiter, quien, en el siglo XVIII, había escrito muchísimo acerca de la geografía, la historia y las autoridades tradicionales de Andorra: *caps grossos, els batlles, els viguers...* La sencillez pastoral y la templanza del pueblo andorrano inspiran a Mr. Taylor, poeta al cabo, la frase con que recordaría a Andorra como «Arca de seguridad para los extranjeros, así como hogar de libertad para sus propios habitantes» (60).

RAFAEL OLIVAR BERTRAND

## R É S U M É

*L'auteur de cet article glane çà et là, tantôt des échos tantôt des recits de voyage, le plus souvent des documents tirés des archives pour nous offrir toute une série d'épures sur l'Espagne et sur les Espagnols, croquées sur le*

(58) *Ibidem.*

(59) *Ibidem.*

(60) *Ibidem.*

*vif par des Américains au cours de leurs voyages chez nous de 1860 à 1870. Des touches de couleur ici, des notes musicales plus loin, nuancent la réalité même de ces voyages à Grenade, Malage, Cadix, Séville et Cordoue avec des monuments élancés, des hommes aux traits bien définis, aux habitudes caractéristiques (bals, théâtre, boutiques, etc.), comme toile de fond. Des critiques aussi, sans doute: la malpropreté, les hôtels négligés, les rues par trop bruyantes, la crânerie des soldats...*

*Ces contrastes vous saisissent à peine les Pyrénées franchies, puis sur la route même de ces voyageurs vers la côte catalane, Valence et Murcie, les Baléares, Andore. Et l'auteur de prodiguer ses observations touchant les différents parlars, la tournure d'esprit des gens, la mode, dans tout le Levant espagnol; l'attitude vis-à-vis de l'Eglise, la politesse, la ponctualité, l'application au travail, la politique. Toutes ces remarques, si concrètes toujours, exprimées d'une façon sincère et fort spirituelle, vous laissent une empreinte profonde et durable que l'on ne manque pas de rapporter aux contextes si différents de Gerone, Barcelone, Monserrat, Majorque, Ménorque, Valence, Alicanthe, là où le temps coule avec une hâte si délicieuse, ou encore à Andore, où le temps s'est figé pour refléter l'histoire, une histoire scellée à jamais. Pour là plupart, ce sont là des images plaisantes et poétiques, là sympathie et là compréhension ayant présidé à leur conception.*

## S U M M A R Y

By gleaning information from newspaper articles, travel writings and mainly from filed documents, the author gives a series of illustrations about Spain and her people, drawn up first hand by American travellers from 1860 to 1870. The musical and colourful touch corresponds to a reality lived in Granada, Malaga, Cadiz, Seville and Cordoba, with the ever generous background of their monuments, the unmistakable characteristics of their inhabitants and the outstanding features of their customs (dances, theatrical performances, retail business...). Of course there are negative criticisms included, for example about cleanliness, or the organization of the hotels, noises in the streets, or the boasting gallantry of the soldiers.

The contrast in these images makes an almost brusque appearance when the itinerary of the travellers changes to the Pyrenees and from there all along the coast of Catalonia, Valencia and Murcia, Balearic Is. and Andorra. Observations include variations of the Levantine language, psychology and dress; attitude towards the Church, courtesy, punctuality, laboriousness and politics. These observations, always exact, given with complete ease and

*sincerity leave an everlasting mark on the spirit associated with the profile of such different places as Gerona, Barcelona, Montserrat, Mallorca, Menorca, Valencia, Alicante, where time passes with delicious rapidity or, as in the heart of Andorra, where this same time is detained reflecting a history already stamped for the future. The tonic of these images is on the whole amiable and poetic, for they have been studied with friendliness and understanding.*

